

## CAPITULO XV.

**“HAY NOMBRES, PERO NO HAY UN SOLO HOMBRE.”**

Para completar la historia del Partido Democrático, copio dos artículos publicados en “El Tiempo” en los que se hace la fotografía moral e intelectual de la agrupación.

“EL PARTIDO DEMOCRATICO Y LOS QUE EN EL FIGURAN.”—El Partido Demócrata, nacido en un momento lúcido de un cerebro que se pasea vacilante en las fronteras de la locura, ha quedado constituido al decir de sus autores; ha lanzado su programa y pretende se le considere como elemento de cuenta en la política mexicana. Fuerza será, por tanto, examinar los elementos que lo componen, los propósitos que le animan, y las esperanzas que promete.

“Estudiando quiénes forman ese Partido, se descubre desde luego que, comprendiendo la debilidad que lo engendra, han buscado un nombre que los ampare, que les dé franca entrada, o al menos, que les permita esperar no se les cierren las puertas de la opinión pública. Y para ello han echado mano del Diputado don Benito Juárez, que lleva un nombre histórico, que, para los liberales significa mucho; y ese nombre, es lo único que poseen, lo único que han podido allegar, lo único que han podido presentar ante la opinión sensata. ¿Puede vivir en

esas condiciones el Partido Demócrata? No; está irremisiblemente condenado a muerte.

“Para explotar el nombre del señor Juárez, se le ha hecho Presidente del Partido. ¿Corresponde el hombre al nombre que lleva? ¿Tiene condiciones, el señor Diputado don Benito Juárez, para ser jefe de un partido político? Porque no basta, en las Repúblicas, especialmente, tener un nombre ilustre. Es preciso, para conducir un partido político, además de los antecedentes, tener una personalidad propia, un carácter, una voluntad, una significación. El señor Juárez, que es un hombre honorable, no tiene ninguna de estas circunstancias, no tiene ningún hecho, ningún acto que lo haga resaltar en la política nacional. Es un hombre bueno, ciertamente; pero no ha sabido ni siquiera abstenerse; no ha sabido colocarse en la situación expectante, que hace subir tanto a los hombres políticos y que señala a los que han sabido colocarse en el debido lugar, como los capaces de resolver una situación difícil en el momento dado. El señor Juárez, por su nombre, por su corazón, que es bueno, con un poco de tacto, con algo de carácter, habría sido una personalidad importante en la política del País; desgraciadamente para él, no ha tenido ni una ni otra cosa. Asiduo concurrente a las antecámaras del Palacio Nacional, debe al favor del Presidente una posición política y social, modesta; posición que con su sólo nombre y sin necesidad de pedir lo que de sobra le habrían dado, habría adquirido.

“El señor Juárez, lo repetimos, sin querer ofenderlo, es un hombre honorable. Es, lo que en términos generales se llama “un buen hombre,” completamente inofensivo, sin iniciativa de ninguna especie, y, sobre todo, pesimamente rodeado.

“No tiene condiciones para la lucha, ni tiene temperamento de revolucionario; en una palabra, no heredó las cualidades de su ilustre progenitor. No es, no puede ser Jefe de un Partido.

“Como Vicepresidentes figuran dos jóvenes impacientes y veleidosos. Uno de ellos, el señor Calero, nació a la vida pública, amparado por su padre político, el señor Ministro Sierra, al calor del grupo científico al que parecía afiliado resueltamente por ideales, por convicción y por conveniencia personal. De pronto, y cuando acababa de ser distinguido de una manera especial, se le ha visto hacer armas contra sus antiguos amigos, cambiar bruscamente de actitud, y, primero de una manera embozada en sus discursos ante la Cámara, después ostensiblemente en el proyecto de programa del Partido Demócrata, atacar rudamente a los Ministros, señores Corral y Limantour de quienes ha dicho en el citado documento que va calzado con su firma, que ni garantizan la vida de los ciudadanos, los que ven “atropellados a diario su libertad individual,” ni alientan las fuerzas vivas de la Nación, que están hoy, “entorpecidas por la rigidez de los sistemas en vigor,” ni alivian la “pesada deuda pública que gravita sobre todo el pueblo” como enorme peña que abrumba y mata.

“El señor Calero es hombre inteligente, pero su desmedida ambición, su impaciencia, lo han hecho apartarse de su antiguo camino; y considerado como un tránsfuga del grupo científico, los inspiradores del Partido Demócrata lo ven con desconfianza. Lo han recibido, si, con regocijo, y le han brindado con uno de los más importantes puestos en el partido; y lo han hecho así, por restar elementos a otros grupos o partidos; pero la mutua confianza, indispensable en todas las agrupaciones,

pero especialmente en las políticas, no existe entre el Vicepresidente y sus compañeros de partido. Sin inspirar confianza a nadie, el señor Calero puede decirse que ha acabado su carrera política al iniciarla. El primer vicepresidente del Partido Demócrata es, pues, uno de los que tienen antecedentes políticos; pero ese antecedente es el de haber desertado del grupo que lo sacó a la vida pública. (1)

“El segundo Vicepresidente, el señor Peón del Valle, es joven, es poeta, y sus amigos pretenden que es hombre de talento. Esa reputación no ha sido comprobada todavía: en las diversas ocasiones que ha hecho oír su voz en público sus discursos han sido verdaderos fracasos. Lo mismo en la ceremonia del “Cinco de Mayo,” que ante la Tumba de Juárez, que en la Cámara de Diputados, su labor ha sido totalmente infeliz y sus amigos tuvieron que declarar que había sido un mal día para el señor Peón del Valle; y como hasta ahora todas las veces que se ha exhibido en público han sido “malos días,” no es posible formarse un concepto del joven vicepresidente del Partido, de quien repetiremos que sus amigos dicen que tiene talento.

“El temperamento del señor Peón del Valle es jacobino “pure sang.” Enemigo de los científicos, había navegado hasta ahora bajo la sombra del Coronel Tovar. Hoy se ha independido de su maestro y pretende trabajar por su propia cuenta: Es agresivo, impulsivo e irreflexivo. Al menos así se nos ha pintado en sus discursos. Con

(1)—Al señor Calero, realmente lo que le hizo más daño en su vida política, fué su discurso ante el Senado, poco después de haberse separado de la Embajada de Washington, pues en su apasionamiento contra el Gobierno del señor Madero, llegó a decir que conscientemente había estado mintiendo durante seis meses, con su carácter oficial.

tales cualidades, como elemento para ser lanzado bruscamente en determinada oportunidad puede tener algún valor; pero como elemento directivo y de juicio, no tiene ninguno. Carece por completo de antecedentes políticos.

“De las personas que figuran como Secretarios en el Partido, la más saliente es don Heriberto Barrón, que aunque tiene dos antecedentes políticos, nunca se le ha tomado en serio por más que haya pretendido ser el portavoz del General don Bernardo Reyes. El público ha creído siempre del señor Barrón,—en las diversas ocasiones en que ha lanzado entrevistas o reportazgos—que su papel había sido el de simple amanuense, el de instrumento inconsciente cuya opinión ni se había pedido, ni se estaba dispuesto a escuchar en ningún tiempo.

“Los antecedentes políticos del señor Barrón, a que nos referimos más arriba, son dos: uno, haber disuelto con escándalo y brutalmente, el Club Liberal de San Luis Potosí, en el que se inscribió como partidario, para poder consumir el atentado. El otro, es el haber figurado en la expedición filibustera que organizó el Coronel Morales, para invadir a Guatemala.

“De las figuras salientes del Partido, hay un hombre respetable por su nombre, otro que no tiene antecedentes de ninguna especie, y dos cuyos antecedentes no los recomiendan. No hay, pues, en el Partido Demócrata, un solo hombre, ni una sola figura, sobre la que la opinión pública pudiera, no decimos entusiasmarse, pero ni siquiera detenerse un momento para tomarla en consideración.

“No hay quien mueva las masas, ni quien levante la opinión, ni quien sea capaz de entusiasmar al pueblo; y los partidos nuevos, que necesitan prosélitos, necesitan,

no sólo grandes ideas, sino hombres que las hagan llegar a la gran masa por su palabra, por su prestigio o por su enérgica voluntad.

“No tiene tampoco el Partido Demócrata políticos experimentados, que conozcan, no sólo las necesidades del pueblo, sino también la manera de atraérselo; ni jóvenes entusiastas que arrebatan por sus heroísmos, que también el heroísmo es un gran factor ante las multitudes. Nada de eso tiene el nuevo Partido, no hay en él más que un nombre, el de Juárez; pero si hay un nombre, no hay ningún hombre.

## II.

“Examinamos en nuestro artículo anterior a los principales personajes del Partido Demócrata, y llegamos a una conclusión, no hay ningún hombre en ese Partido. Después de escrito nuestro artículo, han salido a luz los personajes de segunda fila, los comparsas que figuran como Vocales y Prosecretarios, y en vista de esos nombres, nuestro concepto se ratifica. No hay un solo hombre en ese Partido.

“El licenciado don Jesús Urueta, que figura como primer Prosecretario, orador de reconocidas facultades, es el único que merece una cuantas palabras—de entre esa inmensa lista de desconocidos en la política—es simplemente un orador de admirables facultades, cuyo prestigio concluye al pie de la tribuna, donde acaba de aplaudírsele. Pasa con el señor Urueta en sus hermosos discursos, lo que con los fenómenos de espejismo, hay que verlos de lejos, no aproximarse, no querer tocarlos, porque se borran, se esfuman, y en vez de la hermosa y cristalina agua, se encuentra arena, polvo, nada.

“El señor Urueta, como los coches de velada, se ha

ofrecido a todo el mundo, ha mariposeado por todos los grupos de la política mexicana; salió a la vida pública envuelto en el manto de los científicos, patrocinado, como el señor Calero, por su pariente político el señor Ministro Sierra, y como el señor Calero ha negado a su maestro. Del grupo de los científicos salió el señor Urueta, ofreciendo su palabra y su pluma a los creelistas, y poco seguro de su estancia en esa fracción, dióse una vuelta por Monterrey, para de paso ofrecer su pluma y su palabra al señor General Bernardo Reyes, y como el hijo pródigo, cayó de nuevo en el seno paternal del señor Sierra.

“Hoy se presenta como demócrata, ¿por quién trabajará el señor Urueta en ese Partido? Tiene tan poca consistencia política ese señor, que es muy difícil predecir nada respecto a su persona. Diputado al Congreso de la Unión, se ausenta intempestivamente del País, sin decir nada a nadie, sin solicitar de nadie el permiso correspondiente, y las primeras noticias que de Europa nos llegan, es que va a ingresar a una compañía dramática en calidad de actor. Después, en sus veleidades de soñador, vacila en cambiar de nacionalidad, siendo todavía Diputado, para lucir sus excelsas dotes oratorias ante el Jurado español. ¿Quién, pues, tomará en serio al señor Urueta? ¿Cómo juzgarlo elemento de valor, cuando él, que tiene, y a sí mismo se reconoce dotes de inteligencia y palabra, acepta colocarse bajo las órdenes de don Heriberto Barrón?

“Pero veamos si ese Partido, ya que no tiene hombres, tiene ideas nuevas, que le den derecho a entrar en la lid política, ya que las personas que en él figuran no aportan prestigio personal.

“En el proyecto de programa presentado y que pue-

de decirse condensa el credo de la agrupación, se tocan varios puntos; pero los esenciales son los proclamados por el grupo científico hace diez y seis años.

“La reforma electoral y la inamovilidad del Poder Judicial. Esas ideas, no son nuevas, son restos que quedan a los señores Urueta y Calero de su paso por el grupo científico.

“En la aplicación de las leyes de Reforma ya hay variantes, pues si bien ambos partidos han proclamado la necesidad de su mantenimiento, como principio ineludible del credo liberal, los científicos abogan por no extremar la nota; se conforman con el exacto cumplimiento de las leyes, sin perseguir a nadie, y dejando a los creyentes en absoluta libertad, mientras que el Partido Demócrata, siguiendo la inspiración del señor Batalla, viene con tendencias jacobinas, tratando de imponer la aplicación rigurosa de los principios reformistas por medio de la violencia; y la aplicación de nuevas disposiciones coercitivas que revivan las discordias ya apagadas.

“Pero el punto más importante del programa demócrata, la novedad que nos trae, novedad seguramente sin precedente, al menos en la forma que se propone, es la de “vigorizar el régimen municipal;” y para los autores de la idea, esa vigorización exige, nada menos que la supresión del representante del Ejecutivo en la Administración de los Municipios. Piden que se borren de una plumada los Jefes Políticos, esto es, pregonan una vida municipal autónoma, sin liga ni sujeción al Estado.

“La teoría es algo más que socialista, porque la misma razón que hay para suprimir a los Jefes Políticos, la habría para que no existieran los Gobernadores de los Estados, y en último grado, todo el Poder Ejecutivo.

“Pero la idea, por más descabellada que sea, merece-

ría respeto si fuera lógica y consecuente; pero a renglón seguido de pedir la supresión de los Jefes Políticos como medio de vigorizar el régimen municipal, piden la centralización de la enseñanza. Cabe, pues, preguntar ¿qué criterio anima a esos señores? ¿qué ideal persiguen? ¿a dónde van, como dijo el otro?

“¿Van al socialismo? donde parece los encamina su deseo de romper toda relación entre el Poder ejecutivo y los Municipios? ¿O van al centralismo, comenzando por la educación, base de toda función cívica? Porque si van a educar a la niñez bajo un régimen centralista, no es probable que inculquen en esos niños que la idea contraria es la buena; y parece menos probable aún, que un niño a quien desde su más tierna infancia se arranca de la tutela municipal para entregarlo por completo al Ministerio de Instrucción Pública, se convenza, al ser hombre, de la necesidad de vigorizar ese régimen municipal, a menos que la idea que persigan sea la de acabar de desprestigiar al Ministro y concluir de una vez con esa gestión que tan nociva es para el País. Si allá van, si eso se proponen, habrá algo que agradecerles.

“Las dos ideas nuevas que contiene el proyecto del programa del Partido, acusan un criterio antagónico, síntoma de la anarquía política que allí reina. En tales condiciones, ¿qué puede esperarse de esos señores? Nada, discursos con frases más o menos bonitas, mucha música, mucho bombo, pero prácticamente, la Patria, por desgracia, no puede tener ninguna fe en esa agrupación, falta de hombres y de criterios políticos.

## CAPITULO XVI.

## EL GENERAL DON BERNARDO REYES

El General Díaz nunca tuvo la intención de abandonar el Poder. La entrevista Creelman no fué más que un auto-bombo; un medio de que se valió para pulsar a sus amigos y partidarios, y al mismo tiempo presentarse, hipócritamente, como compelido a aceptar una nueva reelección. Pero la entrevista no causó el efecto que él esperaba, sino el contrario, y para borrar la impresión causada y poder efectuar su reelección sin hacer uso de la fuerza, a la que sólo recurría en último extremo, buscó la manera de distraer la atención pública del problema electoral.

Dos acontecimientos le sirvieron para su propósito. La entrevista con el Presidente de los Estados Unidos de América, Mr. Taft, en las ciudades de Juárez y El Paso, y la celebración del centenario de la proclamación de la Independencia Mexicana.

Para los dos acontecimientos hizo preparar grandes fiestas. Con ellas creyó, erróneamente, el General Díaz, que la atención pública no haría caso de la cuestión electoral y que su séptima reelección se consumiría sin obstáculos ni contratiempos.

Pronto notó el General Díaz que las próximas festividades no desviaban la atención del público del problema electoral y en seguida, sin descuidar las festividades proyectadas, comenzó a insinuar la conveniencia de que